



Capítulo 143 - Vergil Lucifer.

Amon y Vergil intercambiaron miradas... y al momento siguiente...

"Nunca he visto a nadie tan idiota, ridículo y loco como tú", dijo Amon, y Vergil sonrió.

—Ser único es así. Me gusta el cumplido —respondió Vergil.

Luego se quedaron mirándose fijamente un poco más...

"¡JAJAJAJAJAJA!" Se rieron juntos.

Las mujeres en la habitación intercambiaron miradas y observaron como esos dos demonios se reían como demonios... bueno, eran demonios, así que la comparación tenía sentido.



"Ahh..." Amon se secó una lágrima del rabillo del ojo, riendo a carcajadas, y miró a Vergil.

"Eres gracioso", dijo Amon, haciendo una breve pausa mientras se recuperaba de su buena risa.

—Sí, es uno de mis muchos encantos —respondió Vergil, haciendo lo mismo.

—Pero en serio... ¿es eso lo que quieres? —preguntó Amon, con un ligero cambio de tono, lo que hizo que Vergil frunciera el ceño—. Bueno, tú lo pediste.



Vergil se recostó en su silla, con su sonrisa pícaro aún presente, pero ahora con un reflejo. Miró a Amon con expresión seria, y por un instante, toda la sala se sintió suspendida. Las risas habían cesado, y ahora el peso de las palabras de Amon flotaba en el aire.

"Sí, yo lo pedí", respondió Vergil con calma, con una mirada que ya no era juguetona, sino de determinación. "No me voy a limitar a ser un demonio más. Quiero más. Si voy a ser Lucifer, seré el Lucifer que el mundo jamás imaginó. No elegí este nombre para seguir los pasos de un viejo monstruo... Lo elegí porque es el nombre de un nuevo comienzo".

Amon lo observó con una sonrisa que era una mezcla de aprobación y curiosidad. Sabía que Vergil no estaba jugando. Había algo más profundo en el chico. Algo que quizá ni siquiera el propio Vergil comprendía del todo.

—Bueno, da igual —dijo Amon poniéndose de pie.

—Probablemente no querrás territorio, y mucho menos una tarea. Conociendo a esa niña de ahí, estoy seguro de que tú tampoco podrías —dijo Amon, mirando brevemente a Zafiro.

Vergil miró a Amon con indiferencia, con los ojos ligeramente entrecerrados. «No soy el tipo de demonio que necesita un territorio para demostrar su valía. Si es necesario, crearé mi propio espacio. No dependeré de un reino ni de una mansión para afirmar mi fuerza».

Amon ladeó la cabeza, visiblemente impresionado, pero con un toque de sarcasmo. "Mmm, qué buena frase. Pero no olvides que, para crear tu propio espacio, necesitas algo más que fuerza. Los demonios no viven solo del poder físico, chico. Viven de la influencia, y para tener influencia, necesitas... conexiones".





Las cuatro reinas miraron a Amón con expresiones vacías.

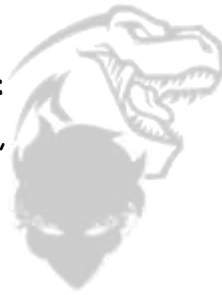
—Ah, es cierto... ya tiene demasiada influencia... Lo olvidé. —Habló Amon, claramente desinteresado en estar allí.

"Me parece impresionante cómo puedes ser extremadamente competente, pero a veces totalmente incompetente", dijo Sapphire, irritada.

—Cállate, haré el anuncio —dijo, y un círculo demoníaco apareció en su mano.

"Muchacho, prepárate", dijo Amon mientras varias runas demoníacas comenzaban a aparecer alrededor de Vergil.

"¿Hm? ¿Qué demonios es esto?", preguntó Vergil, y Zafiro explicó: "¿Recuerdas cuando te dije mi verdadero nombre, cuando te di mi alma?", preguntó Zafiro, y Vergil asintió.



"Es hora de marcar tu alma con tu propio nombre", dijo, y Vergil comprendió lo que quería decir. Su existencia como Demonio Noble se estaba formando y aprobando...

Vergil observó atentamente las runas que empezaban a aparecer a su alrededor, la densa energía sobrenatural que llenaba el aire. Podía percibir la gravedad de la situación, pero al mismo tiempo, su expresión no vaciló.

"Así que, esto es todo", murmuró Vergil, más para sí mismo que para los demás. Ahora comprendía el peso de todo. La conexión entre el nombre y su alma, la aprobación definitiva de su ascenso como Demonio Noble.



Amon, aún concentrado en el conjuro, lanzó una rápida mirada a Vergil, con una sutil sonrisa en los labios. «Sí, chico. Es hora de que selles tu nueva identidad. Esto no es solo una formalidad; es la reescritura de tu propia existencia. De ahora en adelante, serás oficialmente un Rey Demonio, y con ello, todas las consecuencias».

Zafiro, observando el proceso con atención, añadió con un tono ligeramente misterioso: «Este es el momento del que no podrás volver atrás. El nombre que elijas, la marca que recibas... formará parte de ti para siempre».

Vergil sintió el peso de sus palabras, pero por dentro, se sentía firme. Su sonrisa permaneció, aunque ahora era más seria. «Entonces, que comience».

Las runas que flotaban a su alrededor comenzaron a brillar con creciente intensidad, un poder que parecía ondularse en el aire, como si las mismas leyes del Infierno se estuvieran reescribiendo. La energía envolvió su cuerpo como un manto cálido, un poder que fluía a través de él, atravesando su propia esencia.



Fue más que una simple ceremonia; fue una verdadera transformación. Su cuerpo, su alma, todo se estaba transformando para alinearse con el nombre que había elegido.

"Vergil Lucifer..." Las palabras de Amon resonaron por la sala, y las runas estallaron en un resplandor dorado, sellando la transformación. "Ahora, eres quien elegiste ser."

Siguió un silencio denso. Toda la sala pareció contener la respiración, mientras las mujeres observaban, algunas sorprendidas, otras simplemente curiosas por lo que vendría después.



Vergil respiró profundamente y de repente sintió que todo su cuerpo dejaba de funcionar.

"..." Se quedó en silencio mientras veía el mundo entero congelado... Todos en la habitación estaban quietos, y con un solo parpadeo... Vergil se encontró dentro de su propia alma.

Era el santuario donde había entrenado meses atrás, cerca del lago de Viviane, ese mismo lugar.

Un macabro santuario budista. Los tres (ahora cinco) pares de cuernos en el tejado simbolizaban a sus mujeres. El agua espesa y turbia que cubría el suelo, de un rojo sangre, parecía absorber la luz, creando una atmósfera a la vez opresiva y mística.

Virgilio miró a su alrededor... ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué lo habían enviado de repente... a ese lugar?



"Pareces bastante asustado, niño demonio."

Virgilio volvió su mirada hacia las escaleras del templo, donde estaba sentado un demonio.

Su cabello era dorado, sus ojos de un profundo carmesí, con escleróticas negras abisales. Vestía ropas extrañas...

—¿Quién eres? —preguntó Vergil, y su voz resonó por el macabro santuario. Intentó sonar firme, pero había una sensación inquietante, una inquietud latente que no podía evitar.



El demonio sonrió, sus afilados caninos brillando amenazadoramente. Se inclinó ligeramente hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, como un depredador observando a su presa jugar.

"¿De verdad no sabes quién soy?" Su voz era profunda y resonante, como los ecos de las cavernas más antiguas del Infierno. "Quizás la pregunta correcta no sea quién soy, sino por qué estás aquí."

Vergil frunció el ceño. "Responde con propiedad. Si algo he aprendido... es que a los demonios les encanta dar vueltas."

El demonio rió, una risa baja e inquietante que parecía vibrar en el aire como una nota discordante. Entonces se puso de pie, e incluso el más mínimo movimiento transmitía una autoridad natural. Cada paso al bajar las escaleras resonaba como un trueno lejano, aunque el sonido era apagado. Cuando finalmente llegó a la altura de Vergil, el demonio lo miró directamente a los ojos; su presencia lo abrumaba.



"Me inquieta saber que un demonio menor se haya atrevido a tomar mi nombre", dijo.

—Lucifer —murmuró Vergil, mirándolo fijamente.

—Así que sabes quién soy. Parece que mi historia aún se recuerda —murmuró Lucifer, con una voz cargada de autoridad ancestral y opresiva—. Me pregunto... ¿de verdad pretendes robarme el nombre?

Vergil no apartó la mirada, aunque sentía el peso de la presencia del ser intentando aplastarlo. El corazón le latía con fuerza, pero mantuvo su postura, tan desafiante como siempre. "Es un buen nombre", respondió, con una sonrisa sarcástica formándose en sus labios. "Pensé que no te importaría compartirlo. A los muertos normalmente no les importa..."



La sonrisa de Lucifer se desvaneció al instante; sus ojos carmesí ardían como brasas. "¿Compartir?" Su voz se profundizó, y la atmósfera circundante se oscureció aún más, como si la luz misma se consumiera. "¿Crees que puedes compartir lo que es mío por derecho? El nombre Lucifer no es solo un título, muchacho insolente. Es una corona. Una maldición. Una carga que ni siquiera puedes empezar a comprender."

Vergil se cruzó de brazos, con la mirada fija. Sentía la presión que lo rodeaba, pero se negaba a mostrar debilidad. "¿Y qué harás? ¿Pegarme por plagio?", se burló, con un tono lleno de ironía.

Por un instante, reinó el silencio. Lucifer lo miró fijamente, con una figura imponente, pero algo brilló en sus ojos... una chispa de interés.

—De verdad que no tienes miedo —murmuró, casi para sí mismo—. O es estupidez, o es valentía. Quizás ambas.

Vergil se encogió de hombros, con una sonrisa firme. «Quizás solo soy diferente a cualquier otro demonio que hayas visto».

Lucifer soltó una risa seca, cuyo eco resonó por el templo como un trueno lejano. «Arrogancia... pero quizá sea esa arrogancia lo que te hace interesante».

Antes de que Vergil pudiera reaccionar, Lucifer se abalanzó sobre él al instante, extendiendo su mano como un rayo para sujetarle la garganta. El movimiento fue rápido y preciso, con la intención de aplastar cualquier rastro de arrogancia en quien se atreviera a desafiar su existencia.

Pero entonces... sucedió algo extraño.



Lucifer se detuvo. Su mano, que debería haber estado rodeando el cuello de Vergil con fuerza implacable, simplemente flotaba en el aire, inmóvil. Era como si el espacio alrededor de Vergil se hubiera solidificado: una barrera invisible que el antiguo demonio no podía penetrar.

Vergil permaneció allí, firme, con la mirada fija en Lucifer con una expresión casi desdeñosa. Para un ser antaño temido como el más grande de todos, esa sensación de impotencia no tenía precedentes.

La mano de Lucifer tembló levemente en el aire, y Vergil inclinó lentamente su cabeza hacia un lado, con una sonrisa burlona curvándose en sus labios.

"¿Eso es todo?" murmuró Vergil, y su voz resonó por el santuario como un suave trueno.

Lucifer frunció el ceño y su expresión se endureció. Por un instante, pareció más pequeño, como si el peso de la escena disminuyera su propia presencia. Sus ojos llameantes se encontraron con los de Vergil, y el aire entre ellos pareció vibrar con una tensión incontenible.

Vergil finalmente rompió el silencio, con un tono despreocupado pero lleno de desafío. "Pensé que el 'más poderoso' tendría un control más firme, Señor Dios Demonio."

La atmósfera se espesó, las aguas carmesí que los rodeaban comenzaron a burbujear, reaccionando a la frustración de Lucifer. Apretó los dientes, visiblemente irritado, pero Vergil permaneció inmóvil. Si este encuentro era una competencia de fuerza, la balanza se había desequilibrado por completo.





"No soy tan fuerte como crees", dijo Vergil de repente, atrayendo la atención de Lucifer. La mirada ardiente del demonio lo clavó en él, buscando una explicación.

—La diferencia aquí —continuó Vergil con voz firme— es que tú solo eres un remanente de quien una vez fuiste, nada más y nada menos. El verdadero Lucifer ha muerto.

Vergil observó atentamente cómo el rostro de Lucifer parecía agrietarse, una luz tenue brillaba a través de las fracturas como si su propia forma estuviera comenzando a astillarse.

—Lucifer, el Portador de Luz —dijo Vergil en voz baja—. Ahora, ¿me vas a decir por qué estás aquí?

El Lucifer que tenía ante sí comenzó a desmoronarse repentinamente, rompiéndose como un caparazón. Una luz brotó de su interior, explotó en el aire y llenó el santuario con un resplandor radiante. Al desmoronarse los fragmentos de su antigua forma, emergió una nueva figura, muy diferente del demonio al que Vergil se había enfrentado.



"Lo siento... ni siquiera debería existir en esta forma", dijo la voz.

Ante él se alzaba un Lucifer completamente diferente: un ser incorrupto, con un aura mucho menos opresiva, pero innegablemente poderosa. No era el rey demonio, sino algo más puro. Algo de antes.

Vergil lo miró fijamente un instante, y comprendió enseguida. «Samael», dijo Vergil en voz baja y con conocimiento.

El ser que tenía delante asintió solemnemente